

Subcampeón, de Ander Izagirre y Zuhaitz Gurrutxaga.

GURRUTXAGA, UN PÍCARO DE PRIMERA (LA ENFERMEDAD MENTAL EN EL DEPORTE)

Aconsejan el deporte como beneficioso tanto para la salud física como para la salud mental. En cuanto tiene de competición el deporte ya he mostrado mis dudas desde mis primeros escritos respecto a su bondad. Elevada la competición a los límites actuales lo considero al contrario un factor tóxico para la salud física y aún mayor para la salud mental.

Conforme aumenta el nivel de exigencia y el de exposición (pública y mediática) aumenta la probabilidad de desarrollar trastornos psíquicos y de romper el frágil equilibrio de deportistas jóvenes, a veces menores de edad, que de la noche a la mañana irrumpen en la escena del deporte y del espectáculo en primer plano.

La legislación FIFA sobre la prohibición de la exportación de menores ha ayudado a paliar estas situaciones. Pero la arena moderna de la alta competición cada vez demanda carne más fresca, el éxito se vende mejor tomando como imagen la cara de un agraciado imberbe.

Endrick, actual jugador del Palmeiras, no podrá debutar en el Bernabéu hasta cumplir su mayoría de edad. Ya ha sentido la presión de no cumplir las expectativas esta misma temporada en su Brasil natal. Imaginen cuánto mayores serían de encontrarse aquí y compararse esa misma sequía goleadora (por otra parte tan común entre todos los delanteros) con las cifras astronómicas de su fichaje, a pesar de su corta edad.

Pues bien, el caso de Zuhaitz Gurruchaga, sin llegar a estas cotas de estrellato y contando con un entorno familiar y ambiental encomiables, el de la cantera de la Real Sociedad, gracias al libro ("Subcampeón", Libros del K.O.) que acaba de publicar con la ayuda del escritor Ander Izagirre, nos revela con todo detalle cómo cada paso adelante en su carrera deportiva fue precipitando en él una presión insoportable, un proceso patológico inabordable, puesto que cualquier problema físico contaba con la atención inmediata del club, pero los de orden mental carecían de protección. El jugador no sólo tenía que luchar contra su propia enfermedad (el TOC, trastorno obsesivo compulsivo) que él mismo como tal desconocía, sino evitar a toda costa que su conocimiento pudiera frustrar su progreso en el club.

Contar con una cantera como la de Zubietza puede explicar que tantos de sus "potros" tengan la oportunidad de dar el salto al primer equipo, pero el caso de Gurrutxaga demuestra que ese ejemplar crecimiento venía avalado por su participación juvenil con la selección española. Llegó a proclamarse campeón sub-16 junto a Casillas y estar en el

Mundial sub-17 con un tal Xavi Hernández. Gurrutxaga llegó a Primera pero de esos campeones ni dos más lo hicieron.

Entrenadores vascos como Manix Mandiola que lo tuvo después bajo sus órdenes, Mendilibar o Pouso con larga carrera a sus espaldas, podrían testimoniar mejor que nadie, desde luego que este humilde prosista, que es uno más de los profanos que intentamos conocer por dentro un mundillo tan seguido como ignorado. Las tripas del llamado deporte rey siguen siendo un tabú, por más que ahora se hable de ello y abunden los psicólogos detrás de cada estrella en ciernes.

Son los que me hablan de algo que conocen bien y que puede expresarse con un conocido dicho motejado de alguna variante: "Arranque de potro jerezano y parada de burra manchega". Lo que formulado en términos divulgativos podría corresponderse con el famoso -décadas atrás- principio de Peter, según el cual *"en una jerarquía todo empleado tiende a ascender hasta su nivel de incompetencia"*. Algo que Ortega y Gasset ya había resumido mucho antes: «Todos los empleados públicos deberían descender a su grado inmediato inferior, porque han sido ascendidos hasta volverse incompetentes».

La tortura para Zuhaitz Gurrutxaga fue llegar a Primera y empeñarse en evitar la caída, entre otras cosas gracias a su capacidad humorística, sin duda asociada a un saludable nivel de inteligencia. Aprendió a ser un pícaro, un bufón que se reía de sí mismo para ocultar sus problemas y que al mismo tiempo que hacía reír a los demás, hacía grupo, esa función tan valiosa fuera del campo. Así sobrevivió unos cuantos años pero no descansó hasta descender sucesivamente de categorías tan sumamente competitivas, hacerse músico y humorista mientras tanto y acabar presentando su vida como un show de éxito en teatros y programas de televisión como "Herri txiki, infernu handi" de la ETB, ahora plasmado en un libro que completa toda su experiencia. Muy digna de conocerse y susceptible de ayudar a tantos jóvenes y profesionales que partido a partido pasan por ese infierno insensible a la vorágine mediática del espectáculo. Un circo servido en modernos coliseos y propagado en toda clase de pantallas que debe continuar.

EDITA: IUSPORT

Noviembre 2023